

Para el vencedor del Concurso adjudicado, Dr. Antonio Cagua Prada, la felicitación afectuosa por su valioso trabajo. Que el premio obtenido en franca y justa lid sea también una forma de reconocimiento a su ingente labor investigativa y una manera de estímulo para sus jornadas del mañana.

## ENTREGA DE DIPLOMAS EN EL SEMINARIO ANDRÉS BELLO

Como clausura del año lectivo del Seminario Andrés Bello, el miércoles 20 de diciembre de 1989, a las seis de la tarde, se realizó, en la Casa de Cuervo, un solemne acto en el cual se otorgaron varios títulos, grados y diplomas.

En primer lugar, se otorgó el título de Doctor *honoris causa* en Letras y Humanidades al Dr. José Manuel Rivas Sacconi, actual Presidente Honorario del Instituto Caro y Cuervo, investigador y antiguo Director Profesor del Instituto durante muchos años. Fue él uno de los motores que hicieron posible la creación del Seminario Andrés Bello. Así lo testimonia el P. Félix Restrepo, primer Decano del Seminario, en su discurso inaugural:

No quiero terminar sin poner de relieve el trabajo constructivo del Director del Instituto Caro y Cuervo, José Manuel Rivas Sacconi, a cuya inteligencia, constancia y tenacidad se debe el que este sueño haya podido realizarse. Sabrá agradecerse el mundo hispano (*Alarma en el Mundo Hispánico*, en *Thesaurus*, t. XIII, 1958, pág. 366).

En seguida se otorgó el Profesorado Emérito a doña Cecilia Hernández de Mendoza, quien ha regentado la Cátedra de Literatura Hispanoamericana en el Seminario Andrés Bello durante varios lustros y actualmente es la Jefe del Departamento de Literatura Hispanoamericana del Instituto. Ella entregó su colaboración al Seminario, desde los días en que este germinaba. El también Decano del Seminario, Dr. Rafael Torres Quintero, dijo de doña Cecilia Hernández de Mendoza:

Su inclinación a la labor investigativa seria y organizada la llevó desde bien pronto a vincularse al Instituto Caro y Cuervo. Aquí su labor ha sido intensa y fecunda, particularmente desde la creación, en 1958, del Seminario Andrés Bello, donde halló campo propicio a su decidida vocación pedagógica, probada ya desde cuando fundó en Bogotá la Universidad Femenina de la Bordadita, en unión de la doctora Gaby de Cruz Santos (*Presentación* de la obra de Cecilia Hernández de Mendoza *Introducción a la estilística*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1962, pág. vi).

Luego fueron concedidos los grados de Magister en Lingüística Española a quince egresados del Seminario Andrés Bello, entre ellos tres investigadores del Instituto Caro y Cuervo: Jennie Figueroa Lorza, Rubén Páez Patiño e Ismael Enrique Delgado Téllez.

Finalmente, fueron entregados los diplomas de Magister en Literatura Hispanoamericana a nueve alumnos del Seminario Andrés Bello.

En esta ceremonia llevó la palabra el Director del Instituto Caro y Cuervo, Profesor Ignacio Chaves Cuevas, quien pronunció el siguiente discurso:

### « RECONOCIMIENTO INSTITUCIONAL A UN CONJUNTO DE VALORES »

Es usual y equitativo que las instituciones científicas y docentes hagan público registro, por medio del otorgamiento de un diploma, de las adquisiciones académicas conquistadas por sus educandos y por sus estudiosos. El acto sencillo o solemne en el que se formaliza y se exterioriza la entrega de un privilegio no es otra cosa, en últimas, que el reconocimiento institucional de un conjunto de valores asimilados a lo largo del desarrollo existencial de una sociedad. Los pueblos y las instituciones transforman en historia todo cuanto realiza el ser humano cuando lo crea y lo conforma con voluntad y sentido de trascendencia.

La ceremonia que nos congrega en esta ocasión tiene excepcional significado en la vida del Instituto Caro y Cuervo y en la de cada uno de los letrados que la protagonizan, porque se sale de lo episódico y a la vez de lo cotidiano para dejar memoria en la historia de esta fecunda empresa cultural. Por primera vez la Institución otorga el título de DOCTOR HONORIS CAUSA y lo hace a un humanista integérrimo, heredero y continuador — fiel y digno — de la tradición cultural que nos legaron los notables e ilustres humanistas del siglo XIX, quien después de haber dirigido por varios lustros esta Institución y haberle señalado rumbo cierto, nos preside con magisterio indefectible, consagrado en las letras colombianas y acatado con respeto y admiración en las del mundo de la cultura y de la ciencia. Su fecunda existencia, apasionadamente dedicada al saber y al servicio de la patria, es la expresión acabada de su exuberante vida interior. Su valor en el panorama de la cultura colombiana es ya representativo y depurado.

También, por primera vez, se tributa el honor del reconocimiento magisterial a una profesora que honró con incomparable vocación, con amor y con fidelidad ejemplar la Cátedra de Literatura Hispanoamericana durante más de 25 años en el Seminario Andrés Bello, exaltándola a la categoría de PROFESORA EMÉRITA.

El título conferido tanto a don José Manuel Rivas Sacconi como a doña Cecilia Hernández de Mendoza es el simbólico reconocimiento de cuanto han hecho y hacen por el engrandecimiento institucional, por el progreso y el auge de la educación, por el cumplimiento cabal de las exigencias de la vida cultural.

Tiene, además, esta ceremonia la voluntad y el propósito de resaltar la labor de un nuevo grupo de egresados del Seminario Andrés Bello, profesores y catedráticos los más, investigadores y científicos algunos de ellos, merecedores todos de la admiración y el respeto de la comunidad académica y de la credencial que hoy se les otorga, al cumplir con las exigencias establecidas por la Institución.

Resulta en particular gratificante el hacer este reconocimiento a Jennie Figueroa Lorza, a Rubén Páez Patiño, a Ismael Delgado Téllez — compañeros de

todos los días —, pertenecientes a las primeras promociones del Seminario, quienes han transferido su existencia toda, sin vacío y pueril protagonismo y sin aventurerismo intrascendente, a la vida real y científica del Caro y Cuervo, en cada una de sus especialidades, con resultados que hoy son genuinos aportes institucionales a la lingüística y a la filología.

De igual forma, destacamos la presencia, entre los graduandos, de cuatro estudiosos no colombianos, procedentes de lejanos países hermanos, quienes con tesón admirable y voluntad ejemplar han cumplido con las pruebas reglamentarias.

Las consideraciones anteriores me conducen a reafirmar el carácter de reconocimiento que entraña el otorgamiento de los títulos que hoy se confieren, tanto a quienes optaron a ellos al culminar sus jornadas académicas, como a quienes la Institución se los otorga en testimonio meridiano de incontestables merecimientos. Es lo justo. La cultura romana, que cimentó los fundamentos de la ciencia del Derecho, acuñó una definición de "lo justo" que las vicisitudes de la historia de la humanidad no pudieron corregir ni enmendar. El "ius" no se apoya en el reconocimiento que de él se haga, porque es independiente de los hechos, de modo tal que su desconocimiento o su conculcación no lo destruyen ni lo menguan. Si lo justo es darle a cada cual lo suyo, el acento no recae ni puede recaer sobre la acción de dar, ya que esta tiene que obedecer a un imperativo. Si se da algo a otro, eso que se da ya "es suyo" de manera que quien no lo da o no lo reconoce "lo debe". Hoy no hacemos más que cumplir con la obligación moral y académica del justo reconocimiento simbolizado, como ya se dijo, en los títulos que entregamos.

Al referirme a la civilización romana, a su noción de lo justo, surge la espléndida oportunidad de vislumbrar el contraste entre lo que pervive y lo que el tiempo se llevó en su inagotable torbellino de acontecimientos. Así, en medio de los vestigios y las ruinas de la que fuera la antigua urbe imperial, sobreviven — después de veinte siglos — el acopio cultural de los pueblos que la precedieron, su concepción del Derecho y el valor de las letras latinas. En un momento como el presente, en el que se van esfumando formas de vida y organizaciones ideológicas que parecían hasta hace pocos días fortalezas inexpugnables, resulta de apremiante necesidad que en el espíritu y en la mente de cada hombre se perciba con claridad la distancia histórica entre lo fugaz y lo imperecedero, entre lo efímero y lo trascendente y que esa percepción se verifique aun en medio de conjuntos axiológicos envilecidos y de aciagas circunstancias cargadas de contradicciones. Pensamos que el núcleo generador de todo proceso cultural reside en la conciencia que los pueblos tienen de esta dicotomía, para algunos aparentemente secundaria.

Creemos no pecar de vanidosos al afirmar que ha sido precisamente dicho conocimiento el fundamento de la obra y de la actividad del Instituto Caro y Cuervo y de su Seminario Andrés Bello. Confiamos en que los profesores que hoy egresan de sus aulas, capacitados con los conocimientos y los instrumentos científicos adquiridos durante su permanencia entre nosotros, adviertan ciertamente que su tarea se verá sometida a la "fascinante" atracción de lo fácil y de aquello que parece ser la norma esencial de la existencia y que se significa con la ambigua denominación de "éxito", pero que — precisamente —, gracias a la impronta dejada por sus profesores y maestros, encontrarán el camino de las genuinas empresas del espíritu puestas al servicio de la comunidad.

Como ya lo dijimos en alguna ocasión anterior, buscamos entregar a la sociedad maestros que investiguen y científicos que enseñen y hagan escuela, gentes de bien que con regocijada vocación, con renovado espíritu de lucha y sacrificio, con segura voluntad y con aquilatada moral avancen en el camino de su propia

realización en el marco de una sociedad que requiere, como nunca, de su aporte generoso y de su fecundo trabajo.

En la época actual en la que los vínculos comunitarios filantrópicos y altruistas han perdido su poder aglutinante y el hombre se ha tornado en un solitario transeúnte de su existencia, cada vez más aislado y desentendido de los valores que proporcionan sentido a su permanencia en el mundo y que tuvieron vigencia en las comunidades precedentes. En la que el despliegue de la técnica encaminado a satisfacer necesidades inmediatas, en la que la velocidad de los acontecimientos y el mismo concepto del tiempo que se ha modificado tornándolo en instrumento de intereses secundarios, han confinado al ser humano a "su" soledad en un paisaje de individualismo egoísta, que no es en últimas sino una manera de defensa, por qué no pensarlo, de autodefensa. Los individuos peregrinan solitarios e insolidarios, sin conexión existencial alguna con el esquema de los valores de la comunidad. Se consumen en una existencia anónima, aunque exitosa, sin historia, sin tiempo para construir lo permanente, vale decir, sin futuro. Los hombres, algunos hombres, se tornan enormes sin ser grandes. Explica esto la ceguera colectiva hacia los valores de la cultura y la aversión por el humanismo como cosa inútil e innecesaria para la satisfacción de urgencias inminentes del cotidiano vivir.

Una, si no la primera, acepción de humanismo significó el estudio, pero fundamentalmente el cultivo, de las letras clásicas, entendidas estas como expresión paradigmática de las virtudes humanas dignas de mayor estimación y alabanza. En palabras de José Luis Aranguren, "Humanismo es, pues, el cultivo de la *humanitas* tal como se manifiesta en el *homo humanus* en contraste con el *homo barbarus*. Cultivo de la *humánitas* porque, en efecto, el hombre para alcanzar la perfección y la eminencia de tal, necesita ser pulido y afinado, despojado de su espontánea rudeza ('eruditio')". En estos términos, el humanismo es la manera auténtica de ser hombre en contraposición con las maneras salvajes de animalidad natural y con las hechizas y adquiridas que ofrece el falso progreso para las sociedades de consumo.

Prevalece ahora el ideal del "homo bárbarus" y la importancia del poder de dominación de la fuerza material, física y económica, sobre el espíritu. En la actualidad hay muchas maneras de "ser hombre", de realizar los valores humanos con arrogancia y valentía, con arbitrariedad y desenfreno, pero no en todos ellos hay dignificación y engrandecimiento de la existencia. Ni felicidad. Ensombrece e intimida el concebir un proceso tendiente a realizar una nueva forma de humanidad, poseedora de poderosas energías que la conducirán inevitablemente a enseñorearse no sólo de la tierra sino del espacio cósmico, sin el compromiso ético que le dé legítimo valor humano a tales concepciones. Cabe esperar que la humanidad, que tantas veces salvó ya su acervo cultural de cataclismos y destrucciones, y padece otro hundimiento de valores y de formas sociales, encontrará la manera de salvar los de la cultura. Y que dentro de las futuras diferentes formas de realizar el modo de existencia humano, prevalecerá como antes la más digna y dignificante, la del humanismo.

Por su parte, la Dra. Cecilia Hernández de Mendoza expresó su reconocimiento y el de los demás agraciados pertenecientes al Instituto, por el honor que se les había conferido, con las siguientes palabras:

## «LA LENGUA ES LA NACIÓN Y LA PERSONA»

En nombre y representación de quienes cumplida una tarea y otra en vía de cumplimiento reciben hoy el diploma correspondiente, presento a las Directivas de este Instituto y del Seminario Andrés Bello sincero agradecimiento.

Mis compañeros de profesorado y de investigación del Instituto Caro y Cuervo reciben el reconocimiento que acredita una existencia destinada al estudio, cuyos frutos están a la vista. Jennie Figueroa Lorza — Universidad de los Andes, estudios de Postgrado en el Seminario Andrés Bello, Uruguay y España, autora del libro *Huellas del camino* — y sus compañeros se desplazaron durante veinticinco años por los más apartados sitios del país, desafiaron climas, arrojaron peligros en los malos caminos y en la primitiva navegación fluvial, para llegar al resultado de su esfuerzo en los seis hermosos tomos del *Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia*.

El humanista Rubén Páez Patiño, graduado en la Escuela Normal Superior, experto en lenguas clásicas, redactor de *Thesaurus* por 25 años, editor del *Desierto prodigioso*, dejó en las notas de esta obra la síntesis de sus conocimientos y experiencia lingüística, y ahora colabora en las monografías del *Diccionario de construcción y régimen* de Cuervo. Para él, como para sus compañeros, esta distinción es una demostración del aprecio y el interés del señor Director del Instituto Caro y Cuervo, doctor Ignacio Chaves Cuevas, por cada uno de los investigadores.

Ismael Enrique Delgado Téllez ha dedicado su vida a la revista *Thesaurus*, bajo la dirección del doctor José Manuel Rivas Sacconi. Cada uno de los números de esta importante revista del mundo lingüístico y literario lleva su sello en la perfección de la edición, en la presentación de los estudios, en la técnica y el saber con que elabora las notas. En la mente y la memoria del profesor Delgado Téllez están presentes los colaboradores y sus obras, la historia de la revista y los acontecimientos en ella registrados.

Graduado en la Universidad Javeriana, hizo estudios de postgrado en la primera promoción del Seminario Andrés Bello. Su mística es la musicalidad del idioma.

El doctor José Manuel Rivas Sacconi, humanista, diplomático, filólogo e historiador, su obra más importante ha sido la Dirección — por treinta y cinco años — del Instituto Caro y Cuervo.

Quiere decir que el Instituto es obra suya y en ella pervive y que quien con tanto éxito viene dirigiéndolo sigue con empeño los caminos abiertos.

Por eso el profesor Ignacio Chaves, secundado por el profesor Jaime Bernal y la Junta Administrativa del Seminario, lo reconocen con justicia Doctor Honoris Causa.

En cuanto a mí no sé qué agradecer más, si el alto honor que se me dispensa o si el empeño de las Directivas de otorgar a la profesora de tantos años y a la investigadora una tan valiosa distinción concedida por primera vez; ella es signo, no de sus merecimientos sino de la calidad humana de quienes la han hecho posible.

Recibo este honor, consagratorio de una vida, con la sencillez y la modestia de quien ha procurado cumplir con su deber y de quien se ha entregado a la hermosa tarea del pensamiento.

Desde la iniciación del Seminario Andrés Bello hace treinta años — fruto de un convenio con la Organización de Estados Americanos — he estado vinculada a él primero como profesora y más tarde como entusiasta testigo de sus labores.

Desde mi sitio de investigación en el Departamento de Literatura del Instituto he tenido la preocupación de presentar a los alumnos importantes escritores nacionales y extranjeros.

El Seminario enseña las teorías lingüísticas actualizadas con su vinculación a la lengua española y a la lengua literaria como expresión estética de América Hispana. Lengua y literatura están vistas como una unidad en la cual lo literario es la lengua creadora y lo propiamente lingüístico el caudal lleno de riqueza que le sirve de alimento. Ningún estudioso de la literatura puede ser ajeno a la lingüística y ningún lingüista, como decía Jacobson, puede darse el lujo de ignorar las fuentes de lo poético.

El Seminario se ocupa de la palabra española que dio origen a un Imperio. Ya lo dijo Nebrija a la Reina Isabel:

“Que después que vuestra alteza metiese debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas; y con el vencimiento aquellos ternian necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido y con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte venir en el conocimiento della como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín”. (A. de Nebrija - *Gramática* - 1492, agosto).

Difundida la lengua por cuatro continentes da fe de la pervivencia de un mundo y se expresa con el conocimiento que quiso Andrés Bello para los americanos.

El Instituto investiga y enseña los dialectos y la palabra en el tiempo, las letras y la historia, las obras en su gran biblioteca, los sonidos, edita volúmenes que enriquecen la bibliografía y la investigación.

El Instituto enseña al Seminario, transmite a él sus conocimientos con lo cual le da categoría y seriedad.

El Seminario fue fundado para contribuir a la conservación de la lengua, a su enriquecimiento y difusión, pensando en la unidad de innumerables países y de muchos grupos en naciones extranjeras.

Pero la dedicación a la lengua y su cultivo no para ahí. La lengua es la nación y la lengua es la persona.

La palabra es la manifestación perceptible del espíritu que hace la comunicación humana, que hace consciente la profundidad de la mente y que nombrando lleva a la claridad en medio de esa confusión inaudible que funciona en el interior del hombre.